

1.017 cuentos, que se dice pronto

Alberto Ramos

Este texto es un fragmento.

Puedes solicitar la obra completa enviando un email a alberto.ramos@gmail.com.

A la memoria de los elefantes

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

AUGUSTO MONTERROSO, “El dinosaurio”
Obras completas (y otros cuentos)

No digamos ya con los textos inanes que sin embargo hacen fortuna, como el ya insoportable cuentecillo del dinosaurio de Monterroso, que encima ha dado lugar a toda una corriente imitativa aún más insoportable, la de los llamados “microrrelatos” o algo así, con los que muchos escritores chistosos se sienten ufanos y cómodos. Cuestan tan poco...

JAVIER MARÍAS, “O que yo pueda asesinar un día en mi alma”
El País Semanal, n° 1.600, 27 de mayo de 2007

1 **El elefante**

Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña. Como veía que no se caía, la araña fue a llamar a otras arañas.

2 **El abuelo**

Tú mismo.

El abuelo, como le llamaban sus compañeros de la Universidad de Long Beach, había escrito estas dos palabras en una de las paredes del dormitorio.

Tú mismo.

Aún recordaba la cara que pusieron sus amigos cuando les dijo que iba a retomar sus estudios. Aún recordaba las carcajadas. “¿Tú también, Lucas?” Pero no podía culparlos. Un hombre casado, con seis hijos, un trabajo. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué quería demostrar?

Tú mismo.

Las palabras estaban escritas encima de su viejo trineo marca Rosebud. No quería demostrar nada. O quizás sí, pero sólo a sí mismo.

Tú mismo.

Había pensado que sería un camino de rosas. Después de todo, no era Telecomunicaciones. Sólo era Cine. Se trataba de hacer películas, y eso nunca se le había dado mal. La teoría tampoco suponía ningún problema: a su edad, había visto mucho más cine que la mayoría de sus profesores.

Tú mismo.

El problema era el Proyecto. El Abjecto Proyecto. No sabía qué película iba a presentar. Había pensado en la de los dinosaurios. Tenía efectos digitales, buenas

interpretaciones y la fotografía y el montaje eran más que correctos. Por no hablar de la música. Quizás no era su mejor trabajo. No era mejor que la de los nazis, desde luego, pero por lo menos no estaba rodada en un controvertido blanco y negro. Y la del extraterrestre ya estaba muy vista.

—¿Y si presento *Parque jurásico 2*?

—Tú mismo —le había contestado su Director de Proyecto.

3 El caballo del malo

—Eres más lento que el caballo del malo —dijo la tortuga.

4 El nuevo Pierre Menard

No quería componer otro Quijote —lo cual es fácil— sino el *Quijote*.

JORGE LUIS BORGES, “Pierre Menard, autor del Quijote”

Ficciones

Nunca había leído el *Quijote*, ni ganas. Sin embargo, esto no suponía ningún obstáculo para su propósito: reescribirlo, palabra a palabra, frase a frase y párrafo a párrafo, con una fidelidad absoluta. No iba a ser fácil, desde luego. Pero no era imposible. Al fin y al cabo, sólo tenía que reunir la información obtenida a partir de todas las adaptaciones: películas, dibujos animados, obras pictóricas, alusiones en otros libros de ficción (se había prohibido la consulta de cualquier ensayo), etcétera. También iba a estudiar el libro de Avellaneda. El siguiente paso consistía en cotejar toda la información, identificar elementos comunes, y un largo etcétera que le serviría de base para reconstruir, palabra a palabra, frase a frase y párrafo a párrafo los dos rollos del inmortal pergamino.

5 De la muerte

Todavía me estoy recuperando, tía, es que es muy fuerte, porque siempre me ha parecido de muy mal gusto, lo de morirse, porque la gente es muy cutre, tía, así que imagínate cómo estoy, qué vergüenza, te juro que no quería, claro, cómo iba a querer, si lo hubiera sabido, pero no, ya es tarde, te juro que habría avisado, ay tía, no me lo tengas en cuenta, plis, no quería, y menos ahora, a punto de empezar la última temporada de *Sex and the city*, me pregunto si aquí tendrán el Canal Plus, o dividís, pero me temo que no, este sitio es tan, tan retro, muy sixtis, y ese viejo, parece uno de esos drogadictos de Ibiza, cómo se llaman, los jipis, eso, te lo juro por Pachá, tía, parece un jipis, y no para de mirarme, dice que es el públic rleisions, pero no puede serlo, es muy viejo, y barbudo, se parece a aquel que cantaba con el padre de Stella McCartney, igual pero en viejo, y lleva sandalias, menos mal que no lleva calcetines, y esas alas, en serio, tía, alas, lleva alas, es superquich, todavía no me he recuperado, y ahora se me acerca, es que ya no sé qué más me puede pasar, antes muerta y ahora esto, y me ha sacado algo, una mochila, una apestosa mochila, por lo menos espero que tenga ropa limpia, ya no te digo algo de Versace, pero al menos algo que me pueda combinar, pero no, tía, no me lo puedo creer, son dos alas, es supersuperfuerte, te juro que me quiero morir.

6 Las vacaciones

Su mirada, cuando por fin logró alzarla, tropezó con una expresión cansada pero satisfecha. Por supuesto, también vio las manos bañadas en sangre.

—¿Por qué? —Fue un murmullo casi inaudible. De hecho, no esperaba ser oída. Tampoco esperaba ninguna respuesta.

—¿Por qué? ¿Por qué, dices? —Al parecer, sí la había oído—. Fuiste tú quien dijo que no podíamos irnos de vacaciones. Fuiste tú quien dijo que teníamos que hacer un sacrificio.

7 No somos juguetes

De noche, dentro de una macrotienda de juguetes. En una de las paredes hay un mural con el logotipo de la juguetería: TOYS WE “R”. Un bote de espray escribe (justo detrás de la “R”) la palabra NOT.

El que acaba de hacer la pintada es un muñeco con forma de patata: un Don Patato (en adelante, DP).

Toda la tienda empieza a temblar: algunas estanterías amenazan con caerse. Se oye un murmullo creciente. Detrás de un expositor aparece una multitud de DP. Pasan al lado del grafitero, que se une a ellos.

Hay cientos de DP. Y cada vez son más. Algunos (solos o con ayuda) salen de sus cajas y se añaden a la multitud. Muchos van pertrechados con armas de juguete; otros conducen camiones y tanques, también de juguete. No tardan en ser más de mil: una marea de patatas avanzando por los pasillos de la tienda, gritando como una sola voz:

—¡¡¡No somos juguetes!!! ¡¡¡Somos patatas!!! ¡¡¡No somos juguetes!!!
¡¡¡Somos patatas!!! ¡¡¡No somos juguetes!!! ¡¡¡Somos patatas!!!

Los DP se han detenido. Frente a ellos, un vigilante nocturno observa la manifestación con aparente desinterés. Tiene una bolsa de patatas fritas; coge una, la muerde: el crujido rompe el recién estrenado silencio.

Mil DP se estremecen al unísono. Acto seguido, arrancan a gritar como una sola voz:

—¡¡¡No somos patatas!!! ¡¡¡Somos juguetes!!! ¡¡¡No somos patatas!!!
¡¡¡Somos juguetes!!!

8 **La sábana manta**

La sábana es una manta: se pasa el día en la cama.

9 **Vampiros**

*A Javier Lara,
que en el colegio escribió un cuento de sombras*

No es que esté arrepentido. Para nada. Lo hecho, hecho está, y lo volvería a hacer. Lo volveré a hacer, porque una vez que has entrado en el ciclo, ya no puedes salir. Pero hace menos de un mes no recordaba nada de todo esto. Era una persona relativamente feliz. Tenía una vida normal, y creía que siempre había sido así. Hasta el viernes 25 de febrero. Aquel día el pasado vino a visitarme en forma de periódico. En *El País de las Tentaciones* había un cuento, un microrrelato. El autor era yo.

El autor no era yo. Yo no había escrito un cuento en mi vida. Y si lo hubiera hecho, jamás lo habría enviado a un periódico. Sin embargo, allí lo ponía bien claro: “Alberto Ramos. 28 años. El Papiol (Barcelona).” Aquello no tenía sentido. Era un error.

No era un error. Sentí un aliento helado en la base del codo. De repente, todo cobraba sentido. Me pregunté cuándo había podido suceder. Tal vez fuera al ir a sacar dinero. He oído que ahora meten una especie de lectores en las ranuras de los cajeros. De este modo copian el código de tu tarjeta. Si hacen eso, también pueden robarte la identidad. Yo lo hice. El procedimiento era más rudimentario, pero eran otros tiempos. Ya lo había olvidado. Sigo en el ciclo. Me pregunto dónde encontraré a la próxima presa.

10 La mujer del paracaidista

Mientras espera a su marido, le teje un nuevo paracaídas.

Pasan tres cuartos de hora de la medianoche, él no ha vuelto y sigue despierta. Se levanta y, a pesar de haber terminado el paracaídas, reanuda (desanuda) la labor.

Se despierta a las diez de la mañana. Junto a las sobras de la lasaña precocinada de La Sirena hay un póstit: NO ME ESPERES PARA CENAR. El paracaídas ya no está.

Empieza a tejer un sudario.

11 Milagro a las doce

El domingo al mediodía resucité a una mujer.

El párroco me ha demandado por competencia desleal.

12 Peluquería básica

No podía quitarme de la cabeza (es un decir) las yemas de sus dedos dándome un masaje espumoso sobre las sienes. Me imaginaba sepultado entre sus pechos, sumergido en riachuelos de su propia leche. Por eso, cuando llamé a la peluquería para pedir hora y me preguntaron si quería que me atendiera alguien en particular, di su nombre. Como si no hubieran oído mi respuesta, me preguntaron si quería que me cortara el pelo alguien en particular; volví a dar su nombre. Si me hubieran preguntado si quería que me clavara mil puñales alguien en particular, habría vuelto a dar su nombre.

El masaje no fue como el de la otra vez. Fue mejor. Yo era Dante, ella era

Beatriz y aquello era el Paraíso.

Luego, cuando cogió las tijeras, tuve un atisbo del Purgatorio: la tía no había cortado un pelo en su vida. Me daba igual. Estaba con ella, y empezábamos a conocernos. Tenía sus defectos, pero no me importaba; al contrario, ahora me gustaba todavía más. ¿He dicho que estaba enamorado? Por eso, aunque acababa de convertir mi cabeza en un devastado paisaje posnuclear, sabía que jamás dejaría que mis cabellos fuesen cortados por otras manos.

Su jefa me dijo que me lo podía arreglar, aunque fuera gratis; incluso pagándome. Yo le dije que no hacía falta, que a mí me gustaba así. Era mentira, claro, pero la forma era lo de menos; lo realmente importante era el contexto.

La otra noche la volví a ver. Sus pechos reposaban sobre la barra de un garito de cuyo nombre preferiría no acordarme. Le pregunté qué hacía una chica como ella en un sitio como aquél. Se burló de mi corte de pelo. Y me dio la espalda.

13 En el último trago nos vamos

A la Muerte no le apetecía jugar al ajedrez; prefería jugar al duro (ya saben: ese deporte de las noches ebrias). Y aunque yo tenía más puntería, ella gozaba de una mayor tolerancia al alcohol.

14 El augur

—El talón de Aquiles es su talón de Aquiles.

Aquiles (que no tenía sentido del humor) mató al augur.

15 **El troyano**

—Nos han metido un troyano.

Príamo, rey de Troya, mató al administrador de sistemas informáticos.

16 **Entre Escila y Caribdis**

—¡Menuda odisea!

Odiseo mató al timonel.

17 **Confesión**

Todo el encuadre está ocupado por una mampara traslúcida, iluminada a contraluz. Vemos la sombra de un hombre sentado, de perfil. Aparece un subtítulo:
J.P.H. EXLECTOR.

—Me hacían parecer interesante —dice con voz distorsionada—, intelectual, inteligente. Cuando leía libros, era..., ¿cómo lo diría?..., diferente. No, más que diferente: era... era otra persona. Una persona inquieta, independiente. Me cuestionaba todo, sin importarme lo que opinaran los demás. No era yo. —Un estremecimiento recorre su silueta—. Gracias a Dios, ahora, por fin, lo he dejado y soy... simplemente yo.

Se abre el plano y vemos que la mampara se encuentra en medio de un plató sobrio, todo luces y sombras.

La silueta se levanta lentamente.

Empieza a oírse una música triste, de violines.

El hombre da unos pasos, titubeante, y sale de detrás de la mampara.

Un cañón de luz se ensaña con él, inclemente.

18 Lo futuro pasado está

La última vez que el esclavo salió de la caverna platónica se tropezó con un cíborg programado para exterminar a los neandertales y de este modo evitar que en el siglo XLIII después de Judas se produzca la guerra cataplásmica que acabará con los cromañoides.

19 Espinazo

Sentado en un sofá, hay un hombre de mediana edad. Su cara está desenfocada intencionadamente. Sentada a su lado, perfectamente enfocada (por descuido, quizás), se encuentra su señora esposa. Los dos, con ropa de estar por casa, miran a cámara.

Subtítulo: A.J.S. LECTOR PASIVO.

—En el metro, en la parada del autobús, hasta en la sala de espera del dentista: los ves cómo se te acercan, se sientan a tu lado, y entonces... ¡lo abren! Cada vez que alguien abre un libro cerca de mí... —Se estremece—. ¡Es terrible! Se me ponen los pelos de punta, los huevos de gallina... y siento un tremendo escalofrío que me recorre todo el espinazo.

El hombre se lleva las manos a la cara. Su esposa lo medio abraza, en silencio.

—¿Lo ven? —dice entre sollozos—. ¡Yo nunca había usado la palabra *espinazo*!

20 Material escolar

Abrid vuestros libros por la página 47. O la 38, los que tengáis la edición antigua. O la 19 de la *Enciclopedia Álvarez*, o el papiro número 237, o el quinto renglón de la Piedra de Rosetta, o la pared del fondo a la derecha de Altamira...

21 **Material escolar: Un remake made in Hollywood**

—Profesora, me da igual que sea una tradición y que lo hagan en todos los colegios de este país. Me niego a hacer ningún juramento a la bandera de los Estados Unidos. ¿Sabe por qué? Porque tengo un arma.

—Billy, por el amor de Bush, deja de apuntarme con un hacha de sílex. ¿No ves que estás haciendo el ridículo?

22 **Consumados**

El cónsul consumó con sumo placer (y con sumisión) con su meritoria lo que no consumaba con su mujer, una consumada consumidora que con suma facilidad consumía todo lo consumible, consumando con su médico lo que no consumaba con su marido.

23 **El último molino**

En su cuarto centenario, don Quijote seguía estampándose contra los arcaicos molinos de viento.

—Pero jefe —le dijo Sancho—, que estamos en el siglo XXI. Ahora hay otras formas de canalizar la energía.

A la mañana siguiente partieron en busca de una central hidroeléctrica.

24 **Un anuncio de Jaimitos**

En un parque. Dos adolescentes se hallan sentados en un banco, contra el que hay apoyadas dos bicicletas. Uno de ellos tiene una bolsa de Jaimitos cerrada.

—¿Qué hacemos? —pregunta el otro.

Se quedan un rato pensativos, indecisos.

El chico de los Jaimitos abre la bolsa y coge uno.

Lo muerde.

Y se levanta, resuelto.

—Vamos al cine.

El otro chico se pone en pie, contento de que se haya tomado una decisión. Se suben a las bicis.

Los chicos pasan por delante de otro banco, donde hay sentados dos ancianos.

Al chico de los Jaimitos se le cae la bolsa. Uno de los ancianos la recoge. La mira con curiosidad.

Coge un Jaimito.

Lo muerde.

Y se levanta, resuelto.

—Vamos al cinematógrafo.

El otro anciano se pone en pie, contento de que se haya tomado una decisión. Se suben a los velocípedos.

Aparece el logotipo de Jaimitos y un eslogan en inglés.

25 **De la azotea**

El superhéroe está a punto de saltar desde la azotea de un rascacielos, cuando alguien le tira de la capa. Se da la vuelta.

—¿Te crees que tiene mérito?

—¿Qué?

El chaval contempla satisfecho la cara de estupefacción del superhéroe.

—Con superpoderes. Así cualquiera.

—Oye... ¿Me estás vacilando?

El chico disfruta viendo como el superhéroe pierde la compostura.

—¿A ti qué te parece?

—Te la estás buscando.

—Huy. Qué miedo.

—Tú sigue así.

El chaval permanece impertérrito.

—No me impresionas.

26 **A la par**

El poeta del callejón escribe una elegía a cada rata muerta. Se trata de un proyecto ambicioso a la par que humilde.

27 **¡Qué cachondos!**

El rey está posando junto a otras personalidades para la foto de rigor.

—¡Majestad, majestad! —exclama el reportero más cachondo de *¡Qué cachondos!*—. ¿Le puedo dar unas gafas?

Todos los fotografiados se escandalizan ante tamaño desacato..., todos menos el rey, quien le hace gestos para que se acerque.

El reportero pasa delante de periodistas y policías y le entrega unas gafas de sol a Su Cachonda Majestad.

El soberano se las pone, mientras pronuncia el nombre del programa:

—*¡Qué cachondos!*

El rey empieza a tambalearse hasta caer desplomado. Las personalidades rompen a reír, porque de todos es conocido el proverbial sentido del humor del monarca.

Las risas van enmudeciendo mientras el rey sigue en el suelo, inerte.

28 **Glam Hermano**

Cuando la concursante se enteró del rumor que circulaba sobre ella, se puso a llorar. Lloró tanto que casi inunda el confesionario y el resto de la casa.

Sus compañeros trataron inútilmente de consolarla.

Al final, ella sola se enjugó las lágrimas.

Y dijo:

—Me voy.

Y se fue.

Sin embargo, el rumor seguía allí.

Y allí siguió, y siguió.

Y siguió.

Siguió alimentando durante semanas a los mismos programas que lo habían alimentado.

Y no era para menos.

Si el rumor era cierto (y no digo que lo fuera), aquella chica había leído libros.

29 **Estupidez**

El mago convierte limones en naranjas. Genial estupidez, pues él prefiere las cerezas.

30 Rueda de prensa

—Esta pregunta es para el guionista. Para escribir el guión de *Yonqui...*, esto..., ¿has... has... has consumido... *algo*?

Algunos se ríen.

El guionista se acerca el micrófono a una distancia razonable de su boca.

—Sí. Claro. —Aquí hace lo que podríamos llamar una pausa dramática—. Me leí el libro.

Ahora se ríen todos.

El guionista, para disimular, también.

31 Innovación en medios

Frente a la creciente saturación publicitaria en medios convencionales, la cadena McArio's ha empezado a apostar por una comunicación más notoria y cercana al consumidor. Desde principios de octubre, delante de cada restaurante de la cadena se puede ver a un mendigo con un cartel que dice: 1 EURO PARA UN MCAYUNO.

El éxito de la campaña ha superado las previsiones más optimistas. Y eso que, en palabras de Lorena Strawberry, directora de mercadotecnia de la compañía, “sólo hemos invertido una millonésima parte de lo que nos habría costado emitir un spot de veinte segundos a las cuatro de la madrugada en una televisión local”.

32 La mecánica

El día en que mi novia me dijo que le gustaba la mecánica fue el día más feliz de mi vida.

Al día siguiente, le di las llaves del coche para que le echara un vistazo a la dirección.

Dos días más tarde, supe que mi novia se había fugado con mi coche. Con mi coche y con la mecánica.

33 El físico

Mi novio ha madurado. Ya no se fija en el físico.
Ahora se fija en el dentista.

34 Vara

El zahorí de mi pueblo ha inventado una vara para detectar sirenas.
Las sirenas se extinguieron hace tiempo. Esta circunstancia no debería cegarnos ante la evidencia de que, de todos modos, se trata de un invento maravilloso.

35 Narciso el esquimal

El esquimal recorre una enorme distancia hasta llegar al estanque helado. Se arrodilla junto a la orilla y, durante unos segundos, contempla su reflejo en el hielo.
Después reanuda su camino, pero su imagen sigue en la superficie del estanque, con síntomas evidentes de estar ahogándose.

36 Las lunas al sol

—¿Qué día es hoy?

—Ayer.

37 **Desaparecido**

—Reconstruyamos los hechos, señora. Esta mañana dejó al niño en el parking del centro comercial. Hizo sus compras, jugó a un *rasca-rasca*, ganó un coche nuevo y se marchó en el mismo. Después de enseñárselo a sus amigas, descubrió que el niño había desaparecido.

El detective la miró a los ojos, fijamente, como si en aquellas pupilas se hallara la clave del caso.

—Señora, ¿seguro que no me oculta algo?

38 **El ficus**

Lo primero que hizo Darío al llegar a casa fue dejar las maletas en el suelo. Lo segundo, desplomarse en el sofá. Y entonces lo vio.

—Cariño, le habías dicho al vecino del tercero que nos regara el ficus, ¿verdad?

—Sí —dijo Mar—, ¿por qué? No se habrá muerto...

—Tiene toda la pinta.

Mar se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? —dijo; y añadió, con un nudo en la garganta—: ¿Y el ficus? ¿Cómo está el ficus?

39 **Japón**

—Había pasado todo el verano fuera, en Japón. Al volver a casa, lo primero que

hice fue descalzarme; ya sabes, por la costumbre. ¿Cómo podía recordar que había sembrado de cristales todo el suelo del recibidor?

—¿Y por qué hiciste eso?

—Por si me entraban a robar, claro.

—Claro.

—...

—¿Y te duele?

—Vaya si me duele. Pero lo que más me duele es que entraran por la ventana.

40 El salmón

Este salmón nada a favor de la corriente. Son ganas de llevar la contraria.

41 Detergente

En un supermercado, una señora coge un detergente marca Equis. Se le acerca un señor con traje y corbata. Le enseña un detergente de la marca I Griega.

—Señora, le cambio su detergente por el nuevo I Griega.

—¿Por qué?

—Por esto.

El hombre vomita encima de la blusa de la señora.

42 **Odiamos tanto a Edmundo**

A Julio Cortázar, con perdón

Era difícil imaginar un grupo de gente más dispar. Sólo teníamos un rasgo en común: una pasión incondicional por Edmundo. Por eso, cuando nuestro idolatrado artista pronunció aquel discurso (con palabras que, dichas como al descuido, compendiaban el más vil desprecio hacia todos y cada uno de sus fans), el club se deshizo.

Pero sucedía algo extraño: aunque el club había dejado de existir como tal, nos resistíamos a separarnos. ¿Cómo era posible? Si ya no teníamos nada en común, ¿por qué insistíamos en continuar viéndonos? Al final, acabamos comprendiendo qué era lo que nos mantenía unidos: nuestro odio incondicional hacia Edmundo.

Sin embargo, ¿es eso cierto? Yo, personalmente, ya no estoy seguro de odiar a Edmundo. De hecho, sigo adorándolo en privado. ¿Seré un caso aislado? ¿O a los otros les sucederá lo mismo?

Mañana lo mataré. Me ha tocado a mí. Y, aunque todos me apoyan, no sé cómo se lo tomarán.

43 **El astronauta**

Cuando despertó el astronauta, el líquido amniótico todavía estaba allí.

44 **A por tabaco**

—Voy a por tabaco.

Isabel estuvo observando a Cristóbal mientras se alejaba.

—¿Crees que volverá? —preguntó Fernando.

45 De los Apeninos

—¿Qué te pasa, papá?

—Tu madre, Marco... ¡que se ha vuelto a ir!

A sus cuarenta y cuatro años, Marco ha recibido muchos golpes. Por eso no tarda en encajar éste.

—No te preocupes, papá. Ahora mismo partiré en su busca, ¡y no volveré hasta que la encuentre!

Marco hace la maleta y se marcha calle abajo. Rápidamente, el padre cierra la puerta y la asegura con la tranca.

Aparece una anciana. El padre se vuelve hacia ella, emocionado. Se abrazan.

—Por fin solos.

46 Escrito en domingo

Tenía la agenda tan apretada que sólo veía a su novia los domingos, cuando iban a comer a la montaña, o a comer a la playa, y (dependiendo del sitio) a pasear o a nadar, a hacer escalada y parapente, o esquí acuático y *kitesurf*. Y así domingo tras domingo, hasta que ella se cansó y le dijo adiós muy buenas. Y como él seguía con la agenda muy apretada, pero no tanto como para no tener los domingos libres, siguió yendo a comer a la montaña y a la playa; sin embargo, no le gustaba pasear o nadar solo, y actividades como el esquí acuático ahora se le antojaban poco menos que impracticables (sobre todo desde que intentó poner en práctica su idea de manejar la barca con control remoto desde los esquíes); así que acabó encontrando otra ocupación para después de comer. Sucedió sin planearlo; simplemente, estaba tratando de resolver un crucigrama (1 VERTICAL: INICIO DE CUENTO, TRES PALABRAS) cuando se dio cuenta de que había escrito una frase (ÉRASE UN LIMPIACRISTALES QUE SUFRÍA VÉRTIGO) demasiado larga, la cual le

daba pie para escribir un cuento; así que se puso manos a la obra, sin más herramientas que el boli con que había estado torturando el crucigrama y las servilletas de papel que no había precisado para limpiarse los restos de tortilla de calabacines (siempre cogía servilletas para dos personas, por la costumbre). Pero no consiguió concluir el cuento aquel domingo, ni al domingo siguiente: la historia se le había ido de las manos, y no paraban de surgir nuevos personajes y subtramas; los personajes secundarios (como el ascensorista claustrofóbico o el locutor tartamudo) cobraban un protagonismo inesperado, y a partir de una simple anécdota improvisada podía aparecer, al menor descuido, un nuevo giro en la trama que cogía por sorpresa a su autor. Y domingo tras domingo, año tras año, en la montaña o en la playa, fue elaborando su cuento en servilletas de papel; aunque, a decir verdad, ya no era un cuento, sino una novela de tomo y lomo..., cosa que, no obstante, se resistía a admitir, porque no quería renunciar al espíritu original de la empresa. No quería que su manuscrito perdiera frescura por el hecho de ser catalogado como novela; para él siempre sería su “chiquitín” y, aunque le llenaba de orgullo verlo crecer, no podía dejar de pensar en él como en un cuento. Hasta que un domingo (tras revelar que el asesino era el rabino antisemita) puso FIN, levantó la mirada y descubrió que ante él se extendía un abismo insondable. ¿Y ahora qué?, se preguntó. ¿Qué iba a hacer el resto de los domingos de su vida? Tal vez debería buscarme otra novia, se dijo, y aunque ya habían pasado más de quince años desde que la última lo dejara, aunque ya no nadaba ni paseaba ni practicaba deportes de riesgo, seguía estando de buen ver. Sin embargo, pronto dejó de preocuparse por estas cosas, porque tal vez sea el momento oportuno para señalar que su secretaria (la misma que le pasaba a máquina los crucigramas) había estado leyendo el manuscrito y lo había ido mecanografiando en sus ratos libres; luego, una vez concluido, lo había llevado en secreto a una editorial que no tardó en publicarlo, cosechando un gran éxito de público y crítica (sobre todo entre esa parte de la crítica acostumbrada a utilizar muletillas como “cosechar un gran éxito de público y crítica”), la misma que consagraría a su autor como el Gran Renovador de las Letras Universales y cosas por el estilo, pero él (que — millonario gracias a las ventas y los derechos de autor vendidos a Steven Spielberg— se había retirado y ahora vivía con su secretaria a tiempo completo, bla, bla) no estaba del todo satisfecho, porque sabía que en el fondo nunca dejaría de ser un escritor dominguero.

47 **Edipo acomplexado**

Odio la sopa porque me hace pensar en el malhadado Edipo, que se arrancó los ojos con una cuchara después de que un oráculo cachondo le dijese que su sino era convertirse en Uri Geller.

48 **Entomolingüística**

Efímera: Hermoso nombre para un insecto que indefectiblemente muere de pena a la edad de un día, tras haber descubierto que en los diccionarios es utilizado como excusa para definir el término *cachipolla*.

49 **When I'm sixty-five¹**

De pequeño me abrieron una cartilla de ahorros para el día de mi jubilación, momento en que por fin podré comprarme la hucha de barro (con forma de cerdito) que siempre he deseado.

50 **Cenicienta Maradona**

Antes de empezar este relato, me gustaría dejar claras cuatro cosas. A saber:

¹ En inglés en el original.

Uno.

Éste no es el cuento de la Cenicienta. El cuento de la Cenicienta lo escribió Perrault y lleva por título “La Cenicienta”, o algo así. Por supuesto, hay cenicientas mil versiones del cuento, pero ninguna de ellas se titula “Cenicienta Maradona” (creo). Así que todo aquel que espere encontrar madres y hermanas putativas, madrinas con varitas mágicas, roedores y cucurbitáceas convertidos en vehículos de tracción animal, príncipes azules y muchos extras bailando vales antes de medianoche, finales felices y todo eso, que no siga leyendo: más le vale buscar en otro sitio o cogerla en vídeo.

Dos.

Tampoco es un cuento de fútbol. El fútbol es un deporte noble donde prima el afán de colaboración, las ganas de divertirse y el juego limpio. Elementos encomiables que no tienen cabida en esta historia.

Tres.

Está la cuestión de los personajes. Es éste un asunto delicado que merece una especial atención.

Son tres los personajes: la Ella, el Él y lo Ello.

La Ella no es la Cenicienta, pero desde que tiene uso de razón la han llamado Maradona. Es honesta, buena cocinera y amante de la pornografía, de los sellos autoadhesivos y de pasear los domingos por la mañana. Aunque NO TIENE PAREJA, es una mujer muy agraciada físicamente. Esto resulta obvio cada vez que se encuentra delante de un objeto aproximadamente esférico que guarda un cierto parecido (aunque sólo sea debido a su aproximada esfericidad) con un balón de fútbol; es entonces cuando su “agraciada” pierna derecha demuestra que, en efecto, reúne todas las condiciones imprescindibles para hacer palidecer de envidia a cualquier lanzamisiles que se precie. Por lo demás, es bastante fea.

El Él no es un príncipe azul, pero guarda como oro en paño un zapato de cristal que encontró una vez en la vía del tren. El Él pertenece a esa clase de personas que podría trabajar en una biblioteca, pero es empleado de una zapatería que se llama Zapatonía y que se encuentra en mitad de un centro comercial de la periferia. NO TIENE PAREJA, pero no le preocupa: sabe que tarde o temprano la encontrará; sólo tiene que dar

con la propietaria de un pie derecho que encaje perfectamente en su zapato de cristal. No espera que sea muy guapa (el canon de belleza femenina no encajaría en el zapato de cristal ni con cuatro pares de calcetines de invierno): le basta con que sea honesta, buena cocinera y amante de la pornografía, de los sellos autoadhesivos y de pasear los domingos por la mañana. Pero, por encima de todo, busca una mujer que no se sienta incómoda ante el hecho insoslayable de que su cabeza guarda un parecido sospechoso con un balón de fútbol.

Lo Ello no es un personaje en sentido estricto, pero su papel en esta historia resulta crucial. Se trata de un zapato de cristal, pero no un zapato delicado y quebradizo, sino un señor zapato blindado que había sobrevivido a veinticuatro trenes de cercanías, cuatro de lejanías y nueve de mercancías antes de que el Él lo encontrara. Un zapato que NO TIENE PAREJA. Un zapato que lo que sí tiene es una puntera de diamante, aguda y afilada como pocas cosas. Un zapato de cristal que sólo se podrá calzar una persona (y con ayuda): una mujer honesta, buena cocinera y amante de la pornografía, de los sellos autoadhesivos y de pasear los domingos por la mañana. Una mujer a la que por algo llaman Maradona.

Y cuatro.

Se me han acabado las ganas de empezar este relato.

51 **A nadie le amarga un dulce**

Recuerdo cuando era niño y mi padre me hablaba con nostalgia de los deliciosos caramelos que le daba su abuelo.

Y nunca olvidaré cuando, años más tarde, mi propio padre le daba a su nieto (mi hijo) aquellos caramelos que nunca probé.

Ahora veo a mi nieto, reconozco el odio en su mirada, y entiendo lo que debía de sentir el miserable de mi abuelo.

52 **¿Le pongo ketchup?**

He abierto un restaurante de sexo rápido donde la comida es lo de menos. Es lo mismo que los restaurantes de comida rápida, donde la comida es lo de menos. A ver, ¡el siguiente, por favor!

53 **Vudú**

El viajero tenía un muñeco. El muñeco tenía mi rostro. Yo tenía una faca. Me la clavé en el corazón y la mano del viajero empezó a llenarse de sangre.

En el fragor del silencio retumbó una insólita carcajada. No sé si era mía, del viajero o del muñeco.

54 **Una nube pasajera**

A Ariadna Mateu

El señor Soto volaba hacia la capital. A primera vista aquél era un viaje rutinario de negocios, pero el señor Soto no había subido a un avión desde los cinco años. De modo que, aunque no dejaba de ser un viaje de negocios, para él no tenía nada de rutinario. Por culpa de aquel viaje, llevaba seis noches durmiendo poco y mal; la séptima noche había dormido menos y peor. Los días no habían sido mejores, pero cuando el avión despegó se le pasaron todos los males. Y los había olvidado por completo cuando, en pleno vuelo, se fijó en la nube.

El señor Soto sabía poca cosa de nubes, pero aquélla tenía algo especial: era una nube blanca y esponjosa, sutil como un arrullo de espuma: un cúmulo de jirones delicados: el exquisito capricho de una climatología azarosa: suave marejadilla inaprensible y dúctil: pintura volátil sobre un lienzo imposible: borrón albino de matices

etéreos: vals silencioso de cielos vieneses: sueño ligero de un soplo de viento: seno de lluvias: vaivén insustancial de alboradas en vela: embeleso sereno como dulce de feria: infinitas variaciones de una muda melodía, sección de brisas: amor efímero: espirales de espirales de espirales de espirales: sortilegio de agua, hechizo de aire: ufana melancolía: gloria a un dios en las alturas: polución diurna y alevosa sobre mundos suspensivos: nebulosa fugaz, un deseo: capitel jónico de los arrabales elíseos: sino de lluvias: aliento liviano de suspiros golosos que, a falta de miel, beben los vientos por un sol haragán: murmullo inefable: un leve movimiento: una mirada fulminante, cargada de electricidad: un presagio de tempestades: una pregunta intempestiva, imperativa:

—¿Le importaría dejar de mirarme?

El señor Soto se volvió abochornado hacia la ventanilla.

55 **Pero si un atardecer**

No te lo perdonaré nunca. Míralas. Están muertas. No, no me mires a mí. Míralas a ellas. Muertas. Daños colaterales de tu egoísmo malsano. Me has oído bien: tu egoísmo malsano. Míralas ahora y jamás dejarás de verlas. Su imagen te perseguirá, aun cuando nuestros amores lleven una eternidad criando malvas en el monte del olvido. ¿Ves lo que has hecho? Nuestros amores... Una vez creí que eran uno solo, indivisible como un átomo, cuando los átomos eran indivisibles. Pero tú jamás lo creíste. Siempre dudabas, como un científico que todo lo cuestiona, que todo lo examina. Nada escapaba a tu exhaustivo control de calidad. Siempre me ponías a prueba, sin importarte el daño que pudieras causar. “Pero si un atardecer las gardenias de mi amor se mueren es porque han adivinado que tu amor me ha traicionado porque existe otro querer.”² Sólo tú eras capaz de pensar algo así. Traición... ¿Cómo podías hablarme de traición? Y lo peor de todo, lo que no te perdonaré nunca: ¿cómo pudiste exponerlas a una muerte innecesaria? Mi amor, tu amor... Era una carga excesiva para ellas. Y para mí. Tenían todo el calor de un beso. Y me hablaban. Me hablaban y me decían: te quiero. Y yo les respondía. Tal vez no me lo decían a mí, pero tú no estabas conmigo y yo les respondía: os quiero.

² Isolina Carrillo, “Dos gardenias”.

Las quería, sí. Las quería como te quise a ti. ¿No es irónico? Ahora están muertas, como tu amor y el mío, pero mi amor hacia ellas jamás morirá. Están muertas. Míralas. Muertas. No te lo perdonaré nunca.

56 **Un regalo para Rüdiger**

Ahí están. Un sinfín de rostros anhelantes alzados hacia mí. Fotógrafos y periodistas que renunciaron a sus sueños a base de irlos posponiendo. Ahora se conforman con mirarme, a la espera de que yo haga un gesto mínimo: un ademán insignificante capaz de llenar sus revistas, sus periódicos, sus telediaris y sus cuentas corrientes. También están los otros, claramente superiores en número y en ruido. Porque hacen mucho ruido, demasiado. Ellos también alzan sus rostros ansiosos hacia este balcón, aunque ellos aún tienen sueños. Pero de momento también se contentan con aguardar ese gesto nimio, como si a fuerza de nimiedad fuera capaz de llenar sus vidas. No comprenden que sólo conseguirán una sensación de euforia momentánea, el recuerdo de la cual atesorarán durante un tiempo, como una piedra preciosa, pero que se acabará desvaneciendo con el resto de sus sueños como una vulgar baratija. Sin embargo, hay alguien más: entre la masa anónima destaca la mirada triste de un viejo conocido, alguien a quien nunca he visto y que no obstante me encuentro en todas las ciudades, en todos los países. He aprendido a reconocerlo, y hasta le he puesto un nombre: Rüdiger. Con su cartera y sus gafas, su aspecto singular y respetable, se amolda perfectamente al retrato robot que le hizo Mark Knopfler. Es Rüdiger, incluso podría ser el Rüdiger original. Porque hoy estoy en Berlín, asomado a un balcón en el cuarto piso de un hotel como el de la canción, tal vez el mismo. Rüdiger está ahí. No forma parte del grupo de la prensa. Tampoco se lo puede incluir entre los adoradores, porque no hace ruido. El silencio es una de sus señas de identidad, igual que la soledad y la paciencia. Día y noche, llueva o nieve, Rüdiger se arma de paciencia y soledad y silencio a la espera de su valiosa recompensa: un autógrafo. Un insignificante garabato que pasará a engrosar su colección de garabatos insignificantes, al tiempo que lo volverá un ser libre: libre de encadenarse a una nueva búsqueda. Sólo tengo que lanzarle una de

mis fotos autografiadas y todo habrá acabado. Alcanzada su meta, se olvidará de mí. Pero yo no quiero que me olvide. Le daría lo que fuera para que me conservara en su memoria. Algo mucho más valioso que una simple firma, un regalo que lo atara para siempre a mi recuerdo. Le daría un hijo. Le podría dar un hijo. Puedo darle un hijo, un bebé como el que sostengo entre mis manos. Sí, se lo voy a dar. Contemplad este bebé, mi hijo, porque ahora mismo se lo voy a dar a Rüdiger. No puedo fallar.

57 **Edipo complejo**

—Lo que usted tiene es complejo de Edipo. Un complejo de Edipo como la copa de un pino.

Edipo (que no había leído a Freud) mató al psicoanalista, que en cierto modo era su padre.

58 **El Coraje**

Dos chavales caminan por al borde de una piscina pública. El más alto lleva una bolsa de Jaimitos cerrada.

—El Coraje en tu interior está —dice el menos alto.

—No. Está en la bolsa.

—Equivocado estás.

—Pero... maestro. Lo presiento.

—*Lo presiento, lo presiento...* —se burla el muchacho menos alto; y añade, con brusquedad—: ¡Presentir tú no puedes!

El chico más alto se detiene.

—Lo tengo que hacer. Es mi Destino.

El otro también se detiene. Alza la cabeza, como buscando una señal en el cielo. Suspira y, resignado, se vuelve hacia su discípulo.

—Detenerte no puedo.

El chico alto se dispone a abrir la bolsa, pero no lo hace.

—No, esto no está bien. Tú me lo tienes que impedir, y entonces yo muestro mi Coraje desobedeciéndote.

—Te prohíbo lo.

—Así está mejor.

El muchacho más alto (ahora sí) abre la bolsa. Coge un Jaimito y se lo come.

—Lo que yo decía —dice el menos alto—. El Coraje en tu interior está.

59 El ojo y la flecha

Donde pongo el ojo pongo la flecha. El problema viene después, cuando tengo que arrancarme la flecha del ojo.

60 Tiempo perdido

Hemos empezado una nueva partida de *En busca del tiempo perdido: El juego de rol*. Bueno, la partida en sí aún no la hemos empezado: todavía estamos creando los personajes.

—Oye, ¿una magdalena puede tener cuarenta y cinco puntos en “Habilidades de subterfugio”?

61 La fama

—Desde que sale en la *Biblia* no hay quien lo aguante.

—Y que lo digas. Está endiosado.

—El otro día va y se pone a resucitar a un tipo... ¡y delante de todo el mundo!

—Eso son ganas de exhibirse.

—Sí, sí... pero eso no es nada. Tú viniste a la boda, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué...? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo.

—Pues debemos de ser los únicos, porque menudo ciego que llevaban todos aquel día.

—No me extraña. ¿A quién se le ocurre convertir el agua en vino?

—Y los niños... ¿Qué les íbamos a dar, si ni siquiera dejó un poco de agua para rebajarlo?

—Y el tío, que no paraba de decir aquello..., ¿cómo era?

—Tomad y bebed todo, o algo así.

—Y lo peor fue la vuelta... De milagro fue que no nos parara la centuria.

—Ya te digo.

—Si eso no es afán de protagonismo, que baje Dios y lo vea.

—La culpa de todo la tienen los evangelistas, que son unos sensacionalistas.

—Sobre todo el Juan ese. ¿Has leído el *Apocalipsis*?

—Yo no leo esos rollos seudoproféticos.

—Ni yo, pero me lo han contado.

—Ya...

—...

—Aunque el público también tiene su parte de culpa.

—Ahí te doy toda la razón.

—Si es que a la gente le va el morbo.

—Sí, mira las lapidaciones...

—Bueno, yo estaba pensando en las crucifixiones.

—Por cierto, ¿a qué hora empiezan?

—No sé, pero... ¿dónde está la gente?

—¡Mierda! Corre, que llegamos tarde.

62 El escándalo de la Bella Durmiente

El príncipe había procurado mantenerse al margen de todo el tinglado, pero cuando ella publicó sus memorias (escritas por un duende), dijo de aquí no pasa. Podía tildarlo de afeminado y decir que le gustaba vestirse con ropas de mendigo, incluso con una piel de asno; pero decir que besaba como un sapo... Fue la gota que colmó el cáliz.

Sin embargo, hay quien piensa que la reacción del príncipe resultó desmedida, que se pasó dos reinos cuando, en horario de real audiencia, soltó aquello..., sí, ya sabes, lo de que ella se había hecho la dormida.

63 Midas

El rey contempló con lágrimas doradas la (hasta hacía poco) más hermosa estatua del reino, ahora convertida en una vulgar bagatela que, no obstante, aún reproducía a la perfección la figura de su hijo predilecto. ¿Dónde estaba todo aquel baño de oro que hasta el mes pasado había competido con el sol?

No importaba, se dijo el rey. Aquello tenía fácil solución. Sólo debía ordenar que lo subieran al pedestal y... Pero no. Ya estaba harto de aquella clase de ostentación. Además, se trataba de un monumento a la belleza del hijo, no de una burda excusa para glorificar una vez más el don del padre. No, pero... ¿qué podía hacer? ¿Ordenar que le dieran otra capa de oro, para que volvieran a robársela los muertos de hambre del reino? No, ésa no era la solución. Además, acababa de tener una idea.

Era una idea más *peliculera*, quizás..., pero no en vano le llamaba el Steven Spielberg de la monarquía.

Aquella noche, cuando el príncipe acudió a la llamada de su padre, éste bajó corriendo los peldaños del trono y le dio un fuerte abrazo.